

El papel de las emociones en la búsqueda espiritual

Por Anne-Marie Ronfet

Publicado en el número 18 del boletín "Le Lien Urantien" - Verano 2001

A medida que vamos leyendo los documentos, percibimos enseguida que no somos los únicos que experimentamos emociones, ya sea en los superuniversos o en el universo central. Aunque vivimos una vida inestable donde se mezclan nuestros instintos de origen animal y nuestras aspiraciones espirituales, otros seres parecen experimentar sentimientos más puros, sentimientos que tienen su único origen en la bondad. Un ardiente deseo parece recorrer el vasto universo: el de alcanzar a Dios, el de asemejarse a él y servirle.

En lo que respecta a nosotros la emoción, entendida ampliamente como todo aquello que sentimos dentro de nosotros, ya proceda del instinto o suscitado por el espíritu, nos pone en la situación siempre renovada de elegir.

Las religiones (sobre todo las orientales) incitan desde la noche de los tiempos a dominar las emociones, a encauzarlas, a hacerlas desaparecer para asegurar al individuo una plenitud que debería acercarle a Dios. El cristianismo tradicional lo enfoca desde una óptica algo diferente: la enseñanza de Jesús en los Evangelios se basa en el amor (el mismo budismo cultiva el sentimiento de la compasión).

¿Qué es lo importante del dominio en sí? Con frecuencia nos dejamos llevar por nuestros rencores e incluso entre los lectores no adoptamos siempre una actitud tolerante; el mismo interés en nuestra búsqueda nos incita a poner demasiada pasión. ¿De qué se trata en realidad?

¿Debemos, como ascetas hindús, apartarnos de todo aquello que pueda suscitar nuestros impulsos, limitándonos a amar a los otros? ¿Es algo tan simple? Y, sobre todo, ¿es la emoción algo malo en sí? Seamos sinceros: estamos lejos del magnífico dominio psicológico de Jesús.

Por otra parte, ¿qué esperamos realmente de la lectura de los documentos para nuestra vida religiosa? ¿No somos un poco como los necios que seguían a Jesús, esperando milagros o pequeños fenómenos? ¿No estamos al acecho de excitaciones adicionales porque la vida nos parece un poco apagada y necesitamos también "experimentarnos"? ¿Puede la espiritualidad desarrollarse con este tipo de sed? Un poco si, pero...mientras los documentos se propagan por el mundo, quizás sea necesario revisar nuestras motivaciones profundas.

Jesús, que experimentó "*la amplia gama de emociones humanas que van desde la alegría más espléndida al dolor más profundo*" (p.1425:3), sabía muy bien que los humanos no podían amar a Dios sin vivir sensaciones muy primarias: el gusto por lo fantástico, el deseo de ver milagros y la necesidad de experimentar lo maravilloso de modo infantil e inmaduro.

Él se apoyaba a veces en estos sentimientos, que entendía de forma más sutil. *“Jesús enseñó el recurso a las emociones como técnica para detener y concentrar la atención intelectual”* (p.1705:4). Tomó del tesoro imaginativo y emocional del pueblo para conmoverlo, para alejarlo de la indiferencia. Transformó el miedo en necesidad de amor, de comprensión, y la servitud en respeto a uno mismo frente a su destino.

Para luchar contra el miedo, el ser humano instituyó cultos que canalizaban sus pulsiones pero que a la vez le aprisionaban. El culto le limita a instituciones que pierden rápidamente sus valores creadores. Pasan algunas generaciones y vemos a los niños limitados en las tradiciones instituidas por la imaginación creadora de sus padres.

Algo diferente debería pasar en el espíritu. La clarividencia espiritual debería prevalecer poco a poco.

“La emoción por sí sola es una conversión falsa; hace falta tanto la fe como el sentimiento. En cuanto tal movilización de lealtad humana permanezca incompleta, hasta ese punto la experiencia de la conversión será una realidad mezclada de lo intelectual, lo emocional y lo espiritual.” (p.1099:3).

El animal nos domina la mayor parte del tiempo. ¿Cómo llegar a planificar nuestras emociones, nuestros mecanismos automáticos, para llegar a ser finalmente más creadores? ¿Cómo librarnos del miedo ancestral para encontrarnos de nuevo libres y serenos, sin prejuicios y sin ataduras negativas, con el miedo justo para asegurar nuestra supervivencia?

¿Y cuáles son esas emociones negativas? Algunas son activas como la cólera, el orgullo; otras pasivas como la pereza, la inercia, la avidez...

Muchas técnicas religiosas han desarrollado desde hace siglos prácticas psicológicas para llegar a encauzar estas emociones con el fin de liberarnos de ellas. Así, el budismo incita a un distanciamiento en relación a lo que nos rodea. El sufismo, por el contrario, intenta despertarnos, hacernos salir de nuestro gran sueño, tomar conciencia de nuestros gestos, de nuestro cuerpo en el instante presente. Pues no debemos vivir ni en el pasado ni el futuro, sino construir nuestra vida en el instante que pasa. Sólo el instante que pasa está vivo. No podemos actuar sobre nuestro futuro. No sabemos lo que nos deparará el mañana pero el instante que pasa, el hoy nos pertenece. Pues si somos seres que desean la eternidad, sabemos bien que alguna parte de esta eternidad está ya ahí, que nos es preciso presentirla.

Muchas prácticas hablan de la identificación. Nos identificamos con muchas cosas en la vida. ¿Trabajamos? Nos concentramos, nos olvidamos en el trabajo. Estamos identificados con nuestro trabajo. ¿Estamos cansados? Para distraernos, miramos la televisión o vamos al cine. Seguimos olvidando.

¿Dónde estamos durante ese tiempo? ¿Absortos en la pequeña pantalla o bien suspendidos en nuestra conciencia? Una hora, dos, tres...Es necesario, es preciso que nos detengamos. Pero sabemos que nuestra conciencia debe recobrase. Encendemos la tele; es la hora. Un poco más tarde algo nos enerva; peor, nos encoleriza. Y no somos más que esa cólera que se convierte en rencor, casi odio. Estamos resentidos contra alguien. Es algo que nos inunda completamente. Bien, hagamos una respiración profunda. ¡Calma, calma! La cólera pierde su intensidad. Se convierte en una humillación, en una bola en el estómago. Hay que digerirla. Para estar conscientes debemos crear continuamente una distancia entre nuestra conciencia despierta y nuestra acción, nuestro estado. Esto es lo que debemos hacer. Ciertas escuelas lo llaman el Observador, aquél que dentro de nosotros nos observa, nos escucha. Las prácticas espirituales más interesantes del planeta emprenden ese camino. Todas ellas coinciden en la necesidad de tener la mayor toma de conciencia posible de nuestros actos.

Tenemos que esclarecernos. De todas maneras, el Ajustador no se ocupa únicamente de esto; trabaja en otro nivel. El control de nosotros mismos nos corresponde a nosotros, no a él. Como está escrito aquí:

“Tus emociones pasajeras y eternamente cambiantes de alegría y pena son en su mayor parte reacciones puramente humanas y materiales al clima de tu psiquis interior y a tu medio ambiente material exterior. No recurras pues al Ajustador para recibir consuelo egoísta y refugio mortal. Es trabajo del Ajustador prepararte para la aventura eterna, para asegurar tu sobrevivencia. No es misión del Monitor Misterioso calmar tus sentimientos alborotados ni ministrar a tu orgullo herido; es la preparación de tu alma para la larga carrera ascendente la que ocupa la atención y exige el tiempo del Ajustador.” (p.1192:1)

La lectura de los documentos nos incita insistentemente a prepararnos para nuestro largo viaje, a ver primero el fin recurriendo a la fe, a comprender que somos ayudados por numerosas influencias espirituales, también a hacerse cargo de nosotros, un año con otro, mediante el dominio de nuestras impresiones, de nuestra mente, de nuestras relaciones con el prójimo, de nuestros actos, pues *“la manifestación de la grandeza en un mundo como Urantia es la exhibición del autocontrol”* (p.317:1). Ahora bien, en el gran universo la grandeza está asociada a la bondad.

No es suficiente leer. Y si se nos pide, mediante el estudio de estas enseñanzas, un esfuerzo intelectual intenso (porque estamos indudablemente retrasados en este nivel en relación con nuestro nivel material), nos es preciso intentar trabajar sobre nosotros mismos para cambiarnos y mejorarnos.

La verdadera religión no se nutre de sensaciones; es sobre todo interior, está alimentada por el Espíritu que busca manifestarse en nosotros.

“Aquellos que han recibido y reconocido la presencia de Dios han nacido del Espíritu. ‘Sois el templo de Dios, y el espíritu de Dios mora en vosotros’. No es suficiente que se

haya derramado este espíritu sobre vosotros; el Espíritu divino debe dominar y controlar cada fase de la experiencia humana. (p.381:1).

“En todo mortal existe una naturaleza dual: la herencia de tendencias animales y el impulso elevado de la dotación espiritual. Durante la corta vida que vosotros vivís en Urantia, estos dos impulsos diversos y opuestos, difícilmente pueden reconciliarse plenamente; no pueden ser armonizados ni unificados, pero a lo largo de vuestra vida, el Espíritu combinado no cesa jamás de ministrar para ayudaros a someter cada vez más la carne a la guía del Espíritu”. (p.381:3).

El dominio de nuestro psiquismo inestable y de nuestras tendencias contradictorias, así como la superación de nuestra educación humana, la victoria sobre nuestros egoísmos y también sobre los prejuicios externos supone una larga lucha para unificar nuestro yo y reconstruirlo alrededor de la idea inspirada de que somos Hijos o Hijas de Dios, que nos corresponde recrear del interior para que el Espíritu viva en nosotros.

“La posibilidad de la unificación del ser evolutivo es inherente a las cualidades de sus factores constitutivos: las energías básicas, los tejidos principales, el supercontrol químico fundamental, las ideas supremas, los motivos supremos, los objetivos supremos y el espíritu divino del don del Paraíso – el secreto de la autoconciencia de la naturaleza espiritual humana” (p.1229:1).

“El propósito de la evolución cósmica consiste en adquirir la unidad de la personalidad a través de un dominio cada vez mayor del espíritu, de una respuesta volitiva a la enseñanza y conducción del Ajustador del Pensamiento. Se caracteriza la personalidad, tanto humana como superhumana, por una cualidad cósmica inherente que puede llamarse «la evolución del dominio», la expansión del control tanto del yo como del medio ambiente.” (p.1229:2).

Por otra parte, el paso por los círculos psíquicos parece tener una estrecha relación con el dominio del individuo y la impregnación en su vida de valores cada vez más morontiales. La llegada de un guardián seráfico personal “dobla” de alguna forma la influencia espiritual. Parece como si la vida espiritual de un ser humano pudiese evolucionar de dos formas complementarias. Por un lado la fe, bajo la influencia del Ajustador, el don del Padre. Por otro lado el ejercicio del dominio, la unificación del yo en la experiencia cotidiana. *“El dominio de los círculos cósmicos se relaciona con el crecimiento cuantitativo del alma morontial, la comprensión de los significados supremos.” (p.1211:4).*

“Estos logros de círculo están tan sólo relativamente relacionados con la conciencia de Dios. Un ser en el séptimo o sexto círculo puede ser casi tan auténticamente conocedor de Dios – consciente de la filiación – como alguien que esté en el segundo o primer círculo, pero estos seres de círculos más bajos están mucho menos conscientes de la relación experiencial con el Ser Supremo, la ciudadanía universal. El logro de estos círculos cósmicos se volverá parte de la experiencia de los que ascienden en los mundos de estancia si no consiguen dicho logro antes de la muerte natural.” (p.1211:1).

En lo que respecta a las diferencias de puntos de vista religiosos entre Occidente y Oriente, me parece (esto es sólo mi opinión) que son debidas a las evoluciones y revelaciones de diversas épocas en la historia de Urantia. Oriente, muy marcado por la influencia de los misioneros de Maquiventa Melquisedec, ha desarrollado religiones evolucionarias más meditativas, más orientadas hacia la introspección, a menudo encerradas en escuelas donde la enseñanza se transmite de maestros a alumnos. El Occidente cristiano, en cambio, ha seguido a Jesús por el camino que él trazó sobre la Revelación del Padre y la idea de la filiación directa con Dios. Para muchos cristianos, la fe sola cuenta con el Servicio. Para ciertos orientales evolucionados, la fe se asimila con frecuencia a la creencia y no basta en ningún caso para hacer progresar al individuo. A éste le es preciso cambiar, conocerse, convertirse en otro y tener un control de sí mismo mucho más elaborado de lo que se requiere en general en el cristianismo.

De todas formas, dentro de una misma religión ha habido en todos los tiempos órdenes orientadas hacia la vida social, la ayuda a los pobres, las conversiones, y órdenes monásticas o esotéricas consagradas a la contemplación y al conocimiento. Son dos formas humanas de acercarse a Dios; una se apoya en la fe en la bondad, y la otra en la transformación del individuo y el conocimiento del mundo, que estaría más próxima a un trabajo sobre la relación con el Supremo.

En cualquier caso, los documentos y nuestro trabajo personal nos permiten superar estos prejuicios. Debemos actuar según lo que tenemos, intentar unificarnos lo más posible para participar en esta inmensa aventura.

“Las luchas espirituales del tiempo y del espacio tienen que ver con la evolución de la dominación del espíritu sobre la materia por mediación de la mente (personal); la evolución física (no personal) de los universos tiene que ver con la armonización de la energía cósmica con los conceptos de equilibrio de la mente sujeta al supercontrol del espíritu. La evolución total de todo el gran universo es un asunto de unificación de la personalidad de la mente controladora de la energía con el intelecto coordinado con el espíritu, y se revelará en la plena aparición del poder todopoderoso del Supremo.”
(P.1274:5).

(traducido del francés por Olga López)